

De repente, la crisis

Así, de repente, con el inicio del año, ha llegado la primera crisis económica del siglo XXI, sorprendiendo con su intensidad tanto a los responsables de las políticas económicas como a la mayoría de los analistas económicos, que esperaban únicamente una suave desaceleración o, en su jerga, un "aterrizaje suave".

¿Por qué las autoridades económicas y los expertos no han sabido anticipar esta crisis y se han visto ahora sorprendidos por el aterrizaje brusco de este inicio de año? Porque, confundiendo deseos con realidades, lo que esperaban era que la burbuja inmobiliaria se desinflara poco a poco dando lugar a una corrección a la baja de los tremendamente sobrevalorados precios de la vivienda y del suelo.

Lo que no esperaban es que esa corrección deseada de los precios de los activos inmobiliarios llegase acompañada de una sequía de crédito, además de un aumento de la inflación y de una caída de la Bolsa.

Esta sequía de crédito es lo que hace diferente y más peligroso el pinchazo de esta burbuja respecto a las anteriores, como la de las *punto.com* de hace ocho años. Y es a lo que, con toda razón, temen los economistas.

En un primer momento, autoridades y analistas creyeron que la sequía era debida a un problema coyuntural de liquidez, de falta de dinero. Pero si fuese simplemente un problema de liquidez, ¿por qué seguirían los bancos con el grifo cerrado cuando el Banco Central Europeo ha inundado con dinero el sistema financiero y ha prometido que su grifo permanecerá abierto al máximo todo el tiempo que sea necesario?

Seguramente porque estamos ante algo más que un problema de liquidez, ante algo que tiene



ANTÓN COSTAS

Todo gratis y sin impuestos, prometen los partidos y los gobiernos, como si estuviésemos en época de vacas gordas

que ver también con la calidad de los activos bancarios, con la solvencia. Los bancos no acaban de saber si las garantías que tienen como contrapartidas a los créditos e inversiones que han hecho son de buena o mala calidad. Es decir, si en el futuro podrán cobrar muchos de los créditos hipotecarios que han dado en los años de dinero abundante y barato.

Pero antes de ver cómo hemos llegado hasta aquí, permítame volver al problema de la sequía de crédito.

El crédito es a la economía lo que el aceite es a los motores de los coches: sin él, hasta el mejor vehículo se bloquea. De la misma forma, una economía puede tener los fundamentos sólidos, pero como no haya crédito se para, deja de funcionar. Las familias no pueden endeudarse para com-

prar vivienda u otros bienes; las empresas, hasta las más solventes, encuentran dificultades para la financiación de sus inversiones en crecimiento.

El frenazo se agudiza cuando la economía viene, como es el caso, de una época de elevado endeudamiento *apalancado*; es decir, créditos que tienen como garantía el valor en Bolsa de las acciones de las propias empresas endeudadas u otros activos vinculados a las innovaciones financieras de los últimos tiempos. Cuando el valor de esas acciones baja, como ha comenzado a suceder, esos créditos pierden garantías y los bancos reclaman la devolución de todo o parte del crédito, poniendo a esas empresas en situación de riesgo y creando temores en todas las demás.

¿No era posible anticipar que esto ocurriría? Déjeme que les cuente una anécdota. En el mes de mayo pasado, en la reunión de Sitges del Círculo de Economía, tuve la oportunidad de dirigir un debate en el que participaban Stephen Roach, economista jefe de Morgan Stanley, y Edmund Phelps, premio Nobel de Economía. Les pregunté si las elevadas tasas de crecimiento con empleo y estabilidad de precios que estábamos viviendo eran el sueño de todo economista, y si ese sueño podía durar. Con su conocido sentido crítico, Roach dijo que él no soñaba porque no conseguía dormir. Y dirigiéndose a todos los asistentes, afirmó que ellos tampoco dormirían si supiesen lo que él sabía sobre la economía.

Muchos vieron en ese comentario el conocido pesimismo de Roach. Pero pocos meses después estalló la crisis inmobiliaria, apareció el problema de las *hipotecas basura* y la sequía de crédito. Y Morgan Stanley, como una de las instituciones más afectadas por ese "invento del diablo",

en palabras de Warren Buffet (que algo sabe de innovaciones financieras, no en balde se ha hecho uno de los hombres más ricos del mundo), que son los derivados financieros que están detrás de la crisis.

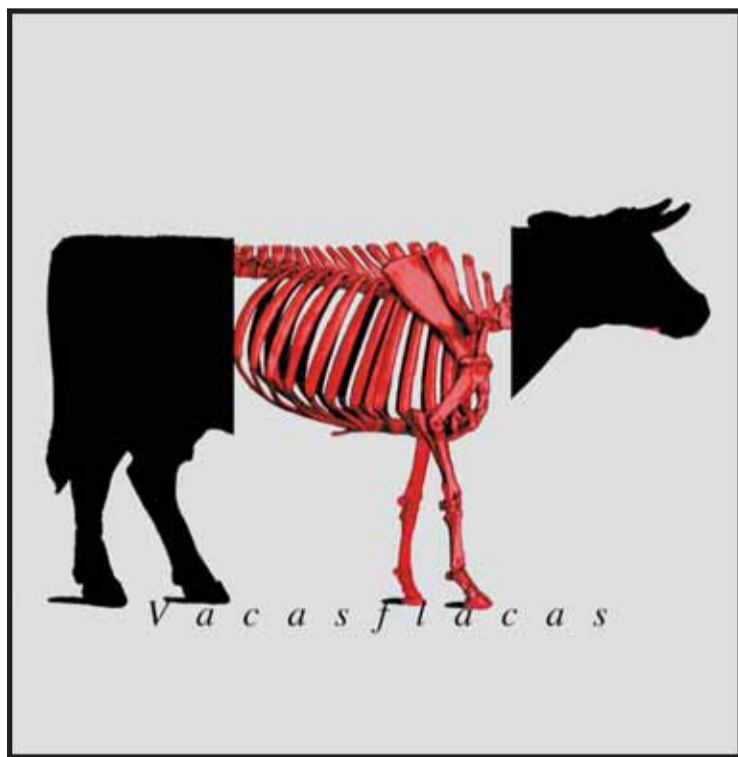
¿Por qué no lo advirtieron quienes tienen la obligación legal, y cobran por ello, de vigilar y cortar a tiempo las prácticas financieras demasiado arriesgadas o, sencillamente, fraudulentas? Supongo que por una mezcla de intereses (auditores y agencias de medición de riesgo también se benefician), de ideología (los reguladores y supervisores acabaron creyendo que como mejor funcionan los mercados es sin ningún tipo de control) y de miedo a ser tachados de pesimistas y agoreros (los analistas).

El hecho es que la crisis está aquí. ¿Y ahora qué? La sequía de crédito se moderará a medida que las instituciones financieras vayan conociendo el riesgo que tienen dentro de sus balances. Pero que se modere no significa que desaparezca. Nos va acompañar durante algún tiempo. Y más en el caso de España, porque como ahora no podemos devaluar para corregir el enorme déficit comercial, el otro pecado capital de nuestra economía, la corrección vendrá por el lado de la restricción crediticia.

El problema es que la repentina crisis coge a los partidos y los gobiernos con el paso cambiado. Siguen prometiendo políticas como si estuviésemos en la época de vacas gordas: todo gratis y sin impuestos. Lo urgente es ahora cómo gestionamos la crisis, evitando que paguen justos por pecadores. Especialmente aquellos que, mal aconsejados, se vieron estimulados a tomar hipotecas por el valor total de la vivienda y, además, a tipo variable, como si las épocas de vacas flacas fuesen cosas del pasado.

Antón Costas es catedrático de Política Económica de la Universidad de Barcelona.

SILVIA ALCOBA



Una nueva oportunidad para la paz

La aprobación de la Ley del Instituto Catalán Internacional por la Paz (ICIP) a finales del año pasado en el Parlament es, sin ninguna duda, una magnífica noticia para todas las personas y entidades sensibilizadas por la paz.

En primer lugar, supone un reconocimiento al importante patrimonio de iniciativas ciudadanas por la paz. Algunas de estas iniciativas están bien presentes en nuestra memoria: las movilizaciones contra la OTAN y la política de bloques a principios de la década de 1980, los elevados niveles de objeción de conciencia e insumisión que se alcanzaron a principios de la de 1990, el rechazo al desfile militar en 2000 y las impresionantes movilizaciones contra la guerra de Irak en 2003. Cabría añadir, sin embargo, que donde se nota esa especial sensibilidad es en cuestiones menos evidentes, por ejemplo el conflicto de Chechenia: se han hecho pocos actos públicos en nuestro país respecto a este conflicto en los últimos años. En muchos otros países europeos, ninguno.



JORDI ARMADANS

Los conflictos piden intervenciones más elaboradas que las simplistas y arcaicas respuestas militares

Todo ello ha sido posible gracias al trabajo de las ONG por la paz, de los ámbitos de docencia e investigación, y del mundo educativo (formal y no formal), que en conjunto han generado muchos espacios de sensibilidad y complicidad a favor de la paz.

Claro está: empezaba a ser absurdo que a este potencial ciudadano no le correspondiera una actuación gubernamental acorde. Porque, en general, cuando se trata de impulsar cambios significativos en valores y políticas, los poderes públicos suelen esconder su falta de acción con la consideración de que la sociedad no está madura, de que no permite ir más deprisa. En el caso de la paz, la situación ha sido exactamente la contraria: la sociedad ha ido muy por delante de la política oficial. Aún más a favor, por lo tanto, de que desde los organismos públicos se realizara una labor en favor de la paz.

En algunos casos, se ha hecho (y se hace) mal: promoviendo industrias con finalidades militares o permitiendo espectáculos de apología militarista en espacios lú-

dicos e infantiles. Pero hay un aspecto fundamental en el que se ha avanzado mucho y es justo reconocerlo: crear una incipiente política pública de paz. Con la Ley de Fomento de la Paz, la creación del Consejo Catalán de Fomento de la Paz, el apoyo de la Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo y el nacimiento de la Oficina de Fomento de la Paz y los Derechos Humanos, se han abierto posibilidades impensables hace 10 años.

Y en este contexto, la creación del ICIP supone el paso más significativo y relevante, constituyendo el mejor icono de todo este proceso. El ICIP puede fortalecer y sustanciar los principios genéricos de paz y diálogo subyacentes en la sociedad catalana, y realizar una pequeña pero necesaria aportación en el escenario mundial. El ICIP, un organismo con financiación pública pero sin dependencias gubernamentales en sus órganos de dirección, es una aportación novedosa en el sur de Europa, aunque con interesantes ejemplos en otras latitudes, como el SIPRI, sueco, o el PRIO, noruego.

Hay quien considera que esta especial sensibilidad de Cataluña a favor de la paz, reforzada con la creación del ICIP, es un signo de incapacidad o flojera. Pero es más bien motivo de orgullo que un país destaque por ser dinámico en iniciativas de paz. Y no porque quede bien, sino porque es necesario. Parece claro que la inestabilidad, las crisis y los conflictos que caracterizan nuestras crecientemente complejas sociedades nos piden intervenciones un tanto más elaboradas y atrevidas que las simplistas, arcaicas y contraproducentes respuestas militares reactivas. Afrontar con garantías de futuro todos estos retos pasa no por perfeccionar los sistemas armamentísticos, sino por ser capaces de generar nuevas condiciones de seguridad, basadas en la profundización democrática, la justicia y el desarrollo, la solidaridad y la inclusión, los derechos humanos y el desarme. El ICIP, con modestia y humildad, pero también con decisión y ambición, podría y debería ser un instrumento más para fortalecer las posibilidades de la paz en un mundo demasiado lastrado por la violencia.

Jordi Armadans es politólogo y director de la Fundación por la Paz.